

poco más que una ilusión pasajera, pues al día siguiente reinaba en los ánimos la misma predisposición de antes y empeñábase de nuevo la contienda. Entabladas otra vez las polémicas con el ministerio, hubo quejas sobre haberse permitido el paso á las tropas austriacas que se dirigían á Lieja, y se acusó á Saint-Priest de haber facilitado la evasión de varios individuos en quienes recaían sospechas como contrarrevolucionarios. La corte, en cambio, había puesto sobre el tapete el procedimiento comenzado en el Chatelet contra los autores de los trastornos del 5 y 6 de octubre, en los cuales aparecían complicados el duque de Orleans y Mirabeau. Este singular proceso, abandonado varias veces y continuado después, se resentía de las diversas influencias bajo las cuales se instruyó; estaba plagado de contradicciones, y no ofrecía ningún cargo suficiente contra los dos acusados principales. Aunque la corte se había conciliado á Mirabeau, no había proyectado nada respecto á él; tan pronto se inclinaba en su favor como se alejaba, y quería más bien tranquilizarle que seguir sus consejos. Al sacar á la luz el proceso del 5 y 6 de octubre, no era con la intención de perseguir al ilustre orador, sino al duque de Orleans, á quien se había aplaudido mucho á su regreso de Londres, y que fué duramente rechazado cuando pidió volver á la gracia del rey (1). Chabroud debía presentar el informe á la Asamblea, para que juzgase si había ó no lugar á la acusación. La corte deseaba que Mirabeau guardase silencio y abandonase al duque de Orleans, el único con quien estaba resentida; mas á pesar de todo, tomó la palabra para demostrar cuán ridículas eran las imputaciones que contra él se dirigían. Acusábasele, en efecto, de haber advertido á Mounier que el pueblo de París marchaba contra Versailles, y de haber pronunciado estas palabras: «Queremos un rey, pero tanto da que sea un Luis XVI como un Luis XVII.» Asegurábase también que había revisado el regimiento de Flandes blandiendo el sable, y que gritó al marchar el duque de Orleans: «Ese canalla no es digno de que nos afanemos por él.» Nada tan fútil como estos cargos: Mirabeau no dijo más que algunas palabras: «¡Sí, se ha descubierto al fin el secreto de ese proceso infernal; allí está todo él (señalando á la derecha); está en el interés de aquellos cuyos testimonios y calumnias urdieron la trama; está en los recursos que proporciona á los enemigos de la revolución...; está en el corazón de los jueces, lo mismo que estará esculpido muy pronto en la historia por la más justa é implacable venganza!»

Los aplausos acompañaron á Mirabeau hasta su casa; declaróse absueltos á los dos acusados, y la corte hubo de avergonzarse de aquella inútil tentativa.

La revolución debía llevarse á cabo en todas partes, lo mismo en el pueblo que en el ejército: este último, único apoyo del poder, era también el único temor para el partido popular. Todos los jefes militares se consideraban como enemigos de la revolución, porque, poseedores exclusivos de grados y de mercedes, debían compartirlos en adelante con los hombres de mérito. Los soldados, por el contrario, estaban por el nuevo orden de cosas; y no cabe duda que el odio á la disciplina y el deseo de obtener mejor paga influían en

(1) Véanse las Memorias de Bouillé.

ellos tan poderosamente como el espíritu de libertad. En casi todo el ejército se manifestaba una peligrosa insubordinación: la infantería sobre todo, sin duda porque se mezcla más con el pueblo y no tiene tanto orgullo militar como la caballería, estaba completamente insurreccionada. Bouillé, que veía con dolor á su ejército escaparse, valíase de todos los medios posibles para contener aquel contagio del espíritu revolucionario. Habiendo recibido de Latour-du-Pin, ministro de la Guerra, las más extensos poderes, aprovechábalos para trasladar continuamente sus tropas de un punto á otro, impidiendo que se familiarizasen con el pueblo por una larga permanencia en una misma localidad. Prohibíalas sobre todo que asistieran á los clubs, y no descuidaba cosa alguna para conservar la subordinación militar. Después de una prolongada resistencia, Bouillé prestó al fin juramento á la Constitución, y como era un hombre muy digno, desde aquel instante pareció resuelto á mantenerse fiel á ella y al rey. Su antipatía hacia Lafayette, cuyo desinterés no podía menos de reconocer, desapareció al fin, y mostróse más dispuesto á entenderse con él. Los guardias nacionales del vasto país donde mandaba habían querido elegirle como general, lo cual rehusó desde luego, sintiéndolo después al reflexionar cuánto bien hubiera podido hacer. Sin embargo, á pesar de algunas denuncias de los clubs, conservaba el favor del pueblo.

La revolución estalló primeramente en Metz. Los soldados encerraron á sus oficiales; apoderáronse de las banderas y de las cajas, y hasta quisieron hacer contribuir á la municipalidad. Bouillé estuvo expuesto al mayor peligro; pero al fin pudo reprimir la sedición. Poco después ocurrió una insurrección semejante en Nancy, en la cual tomaron parte algunos regimientos de suizos; y pudo muy bien creerse que si el ejemplo era seguido, no tardaría en hallarse entregado todo el reino á los excesos de la soldadesca y del populacho: la misma Asamblea llegó á temblar. Un oficial fué el encargado de llevar el decreto expedido contra los rebeldes, y no habiendo podido conseguir que obedeciesen á lo que prevenía, Bouillé recibió orden de marchar contra Nancy, á fin de que fuese respetada la ley. Con pocos soldados podía contar; pero, felizmente, las tropas que antes se habían insurreccionado en Metz se sintieron humilladas al ver que su jefe no se fiaba de ellas, y como para sincerarse, ofrecieron marchar contra los rebeldes; los guardias nacionales se prestaron también, y entonces pudo Bouillé avanzar sobre Nancy con aquellas fuerzas reunidas y una caballería bastante numerosa.

La posición, no obstante, era sobrado apurada, porque no podía hacer maniobrar á la caballería, ni contaba con la infantería suficiente para atacar á los insurrectos, secundados por el populacho. Sin embargo, dirigióles la palabra con la mayor firmeza, consiguiendo imponerlos; y ya iban á ceder y á salir de la ciudad, conformándose con sus órdenes, cuando partieron varios tiros, sin que se supiera de dónde. Desde aquel momento fué la lucha inevitable: las tropas de Bouillé, creyéndose vendidas, se batieron con el mayor ardimiento; pero la acción fué muy reñida, y sólo penetraron paso á paso á través de un fuego mortífero (3 de agosto). Dueño al fin de los principales puntos, Bouillé obtuvo la sumisión de los regimientos, á los cuales mandó salir

de Nancy; puso en libertad á los oficiales y á las autoridades aprisionadas, reunió á los principales culpables, y entrególos á la Asamblea Nacional (1).

Esta victoria causó general regocijo, calmando los

y elogios: más tarde le calumniaron, tachando su conducta de cruel; pero había sido irreprochable, y desde el primer momento se aplaudió como tal. El rey le confió un mando de más consideración, pues extendiase



Desille

temores de que se turbara la tranquilidad del reino. Bouillé recibió del rey y de la Asamblea felicitaciones

desde Suiza hasta el Sambre, comprendiendo la mayor parte de la frontera. Como Bouillé confiaba más en la

(1) Creemos oportuno reproducir uno de los episodios de la sublevación de Nancy, tomado de la obra de Mr. Julio Janin. Dice así: «El héroe que se ofrece á nuestros ojos y cuya generosa intrepidez nos hace olvidar un momento todas las violencias cometidas en aquel día, era un caballero bretón, llamado Desille: había ingresado muy joven aún en el regimiento, y á los veinte años de servicio retirábase á su ruinoso castillo con las charreteras de capitán, condecorado con la cruz de San Luis. El 14 de julio de 1790 era teniente en el regimiento del Rey, de guarnición en Nancy, cuando se amotinaron el pueblo y las tropas; y entonces se vió á este joven, desesperado al presenciar los horrores de la guerra ci-

vil, oponerse con todas sus fuerzas á los soldados insurrectos. «No, no!», les decía, no recibiréis como á enemigo á un teniente general que os trae la paz y el perdón.» Hablaba con voz persuasiva, y poco faltó para que el teniente Desille apaciguase la sedición; mas por desgracia, en los combates de las calles y encrucijadas no falta nunca un traidor oculto en la sombra para inducir al crimen. Apaciguado un instante el movimiento al oír la voz de aquel joven, la rebelión recobró su imperio; cárganse los cañones de metralla y se enciende la mecha. «¡Ah, bárbaros, qué hacéis!», grita Desille; y así diciendo, precipítase á la boca del cañón, agárrase á él, y es preciso matarlo.»

caballería que en la infantería, eligió para acantonarse las orillas del Seille, que desagua en el Mosela; allí no le faltaban llanuras para hacer maniobrar á la caballería, ni forraje abundante; y la población era demasiado escasa para temerla. Bouillé estaba resuelto á no hacer nada contra la Constitución; pero desconfiando de los patriotas, adoptaba precauciones para volar en auxilio del rey, si llegaban á exigirlo las circunstancias.

La Asamblea había suprimido los parlamentos y disuelto los gremios, instituyendo los jurados, é iba á decretar una nueva emisión de papel. Como los bienes del clero ofrecían un inmenso capital, que podía estar continuamente disponible por medio de los asignados, era natural que adoptase este medio. Renováronse con tal motivo más violentamente todas las objeciones que ya se habían hecho: el mismo obispo de Autún se pronunció contra aquella nueva emisión, previendo con sagacidad todos los resultados financieros de semejante medida. Mirabeau, considerando sobre todo los resultados políticos, insistió obstinadamente y decidió el acuerdo. Decretáronse ochocientos millones de asignados, y se resolvió que aquella vez no ganaran interés alguno. Inútil era, en efecto, agregarle á una moneda. Que se haga esto con un título que no puede circular y queda muerto en las manos de quien lo posee, es natural y justo; pero tratándose de un valor que llega á ser activo por su curso forzoso, era verdaderamente un error, en el cual no incurrió la Asamblea por segunda vez. Necker, opuesto á la nueva emisión, envió una Memoria, de la cual no se hizo aprecio: mucho habían cambiado los tiempos para él; ya no era aquel ministro en cuyas palabras cifraba el pueblo su felicidad un año antes. Privado de la confianza del rey, indispueto con sus colegas, excepto Montmorin, y desatendido por la Asamblea, no se le dispensaban ya todas las consideraciones que hubiera podido esperar. El error de Necker consistía en creer que la razón bastaba á todo, y que manifestada con una mezcla de sentimiento y de lógica, debía triunfar de la tenacidad de los aristócratas y de la irritación de los patriotas. Necker estaba dotado de ese juicio un poco altanero que analiza los extravíos de las pasiones y los censura; pero faltábale ese otro más elevado y menos orgulloso, que no se limita á vituperarlos, sino que sabe conducirlos. Colocado, pues, en una difícil situación, no fué para todos más que un estorbo, no un freno; y abandonado de sus amigos desde la retirada de Mounier y de Lally, conservaba sólo á su lado al inútil Malouet. Había resentido á la Asamblea recordándole sin cesar, y con reprensiones, el trabajo más difícil de todos, el arreglo de la Hacienda; llegó también á ponerse en ridículo por la manera con que hablaba de sí mismo; y así es que su dimisión fué aceptada con gusto por todos los partidos (1). Al salir del reino fué detenido su coche por el mismo pueblo que en otra época le había llevado en triunfo, y se necesitó una orden de la Asamblea para que se le concediese el permiso de ir á Suiza. Obtúvole muy pronto, y se retiró á Coppet, para seguir desde lejos las peripecias de una revolución que más bien podía observar que dirigir.

El ministerio quedó reducido á la nulidad del mismo rey, ocupándose en fraguar algunas intrigas inútiles ó

(1) Necker dimitió el 4 de septiembre.

culpables. Saint-Priest se comunicaba con los emigrados; prestábase Latour-du-Pin á la voluntad de los jefes militares; Montmorin era apreciado de la corte, aunque no merecía su confianza, é intrigaba con los jefes populares, que apreciaban en él su moderación.

Los ministros fueron todos denunciados con motivo de nuevos complots. «Yo también, exclamó Cazalés, los denunciaría si no fuera poco generoso perseguir á hombres tan débiles. Acusaría al ministro de Hacienda de no haber dado á conocer á la Asamblea los verdaderos recursos del Estado, y de no haber dirigido una revolución que él mismo promovió; acusaría al ministro de la Guerra por haber permitido que se desorganizase el ejército; al ministro de la Gobernación por no haber hecho respetar las órdenes del rey; y á todos, en fin, por su nulidad y por haber dado á su señor cobardes consejos.» La inacción es un crimen á los ojos de los partidos que van directamente á un objeto; por eso la derecha condenaba á los ministros, no por lo que hicieron, sino por lo que habían dejado de hacer. Sin embargo, por más que Cazalés y los suyos les censurasen, oponíanse á que se pidiera al rey su separación, por considerar esta demanda como un ataque á la prerrogativa real. No se reclamó, pues, su renuncia; pero dimitiesen sucesivamente, excepto Montmorin, único que conservó su puesto. Dupont-du-Tertre, simple abogado, recibió el nombramiento de guardasellos; Dupontail, designado por Lafayette, reemplazó á Latour-du-Pin en Guerra, y mostróse mejor dispuesto en favor del partido popular. Una de sus primeras medidas fué privar á Bouillé de la libertad que tenía en el mando, prohibiéndole particularmente trasladar las tropas á su antojo, permiso de que se servía Bouillé, como ya hemos visto, para impedir á los soldados que fraternizaran con el pueblo.

El rey había hecho un estudio particular de la historia de Inglaterra: la desgraciada suerte de Carlos I le había llamado siempre la atención singularmente, y en vano quería desechar los tristes presentimientos que le acosaban. Habíase fijado sobre todo en el motivo de la condena de aquel rey, que no fué otro sino la guerra civil; esto bastó para que le inspirara un horror invencible toda medida que pudiese ocasionar la efusión de sangre; y por eso se opuso siempre á todos los proyectos de fuga propuestos por la reina y la corte.

Durante el verano que pasó en Saint-Cloud, en 1790, hubiera podido huir; pero nunca quiso que le hablaran de ello; y los amigos de la Constitución temían como él este medio, que al parecer conduciría á la guerra civil. Únicamente los aristócratas lo deseaban, porque, dueños del rey si se alejaba de la Asamblea, prometíanse gobernar en su nombre y volver con el monarca á la cabeza de los extranjeros, como si aún ignorasen que siempre se va detrás de ellos. A los aristócratas se unían tal vez algunas inteligencias precoces que comenzaban ya á soñar con la república, en la cual nadie pensaba aún; ni siquiera se había pronunciado su nombre, como no fuera por la reina, que, en sus arranques contra Lafayette y la Asamblea, acusaba á uno y otra de encaminar todos sus esfuerzos á obtenerla. Lafayette, jefe del ejército constitucional y de todos los amigos sinceros de la libertad, velaba constantemente sobre la persona del monarca. El alejamiento del rey suponía para todos la guerra civil: estas dos ideas estaban tan íntimamente

te asociadas en los ánimos desde el principio de la revolución, que se consideraba la marcha del soberano como la mayor desgracia que se pudiera temer.

Sin embargo, la separación del ministerio, que si no merecía la confianza de Luis XVI era por lo menos de su elección, le indispuo contra la Asamblea, haciéndole temer la pérdida completa del poder ejecutivo. Los nuevos debates religiosos que promovió la mala fe del clero con motivo de la Constitución civil, atemorizaron su timorata conciencia, y desde entonces pensó en la marcha. Hacia fines de 1790 fué cuando escribió á Bouillé, quien, resistiendo al principio, cedió al fin para que no pareciera su celo sospechoso al infortunado monarca. Mirabeau, por su parte, había concebido un plan para sostener la causa de la monarquía. En continua comunicación con Montmorin, no había emprendido hasta entonces nada con formalidad, porque la corte, vacilando entre el extranjero, la emigración y el partido nacional, no quería nada abiertamente, y de todos los medios el que más temía era el que pudiese someterla á un hombre tan sinceramente constitucional como Mirabeau. Sin embargo, entendiéndose directamente con él hacia esta época: prometiéndose todo si alcanzaba el resultado, y se pusieron á su disposición todos los recursos posibles. Talón, jefe civil en el Chatelet, y Laporte, á quien llamó el rey últimamente para administrar la lista civil, recibieron orden de verle y prestarse á la ejecución de sus planes. Mirabeau condenaba la nueva Constitución: para monarquía era, según él, demasiado democrática, y para una república sobraba un rey. Viendo, sobre todo, que el desbordamiento popular iba siempre en aumento, resolvió contenerle. En París, bajo el imperio de la multitud y de una Asamblea omnipotente, no era posible ninguna tentativa; sólo veía un recurso, que era alejar al rey de París, trasladándole á Lyon. Una vez allí, el rey podía explicarse; hubiera expresado enérgicamente las razones que le inducían á condenar la nueva Constitución, y habría dado otra preparada de antemano, convocándose en el mismo momento una primera legislatura. Conferenciando Mirabeau por escrito con los hombres más populares, había tenido el arte de conseguir que todos reprobasen algún artículo de la Constitución actual; reuniendo estos diversos pareceres, toda la Constitución quedaba condenada por sus propios autores, y Mirabeau quería unirlos al manifiesto del rey para producir más efecto, haciendo resaltar mejor la necesidad de una nueva Constitución. No se conocen todos los medios con que contaba para realizar su plan; sólo se sabe que por medio de la policía de Talón, teniente civil, había reunido varios folletistas y oradores de club y de calle, que por su numerosa correspondencia debían asegurarse el apoyo de treinta y seis departamentos del Mediodía. Sin duda pensaba valerse de Bouillé; pero no quería ponerse á la merced de este general. Su intención era que el rey permaneciera en Lyon, mientras que Bouillé acampaba en Montmedy; y él mismo debía trasladarse, según las circunstancias, á dicha ciudad ó á París. Un príncipe extranjero, amigo de Mirabeau, vió á Bouillé de parte del rey, y dióle cuenta del proyecto (1); pero sin saberlo Mirabeau, que no pen-

(1) Bouillé parece creer en sus Memorias que se le hicieron proposiciones de parte de Mirabeau y del rey, pero es un error.

saba en Montmedy, adonde se dirigió más tarde el rey. Admirado Bouillé del genio de Mirabeau, dijo que era preciso hacerlo todo para asegurarse el apoyo de un hombre semejante, y que en cuanto á él estaba dispuesto á secundarle por todos los medios.

Mr. de Lafayette no sabía nada del proyecto: aunque fuera sinceramente fiel á la persona del rey, no inspiraba confianza á la corte, y por otra parte, había excitado la envidia de Mirabeau, que no quería tener semejante compañero. Además, sabíase que Lafayette seguía siempre el camino recto, y el plan era muy atrevido y se desviaba demasiado de las vías legales para que pudiese convenirle. Como quiera que sea, Mirabeau fué el único ejecutor de su plan, y en efecto, le condujo solo durante el invierno de 1790 á 1791. Ignórase si habría obtenido buen resultado; pero lo cierto es que sin contener el torrente revolucionario hubiera cuando menos influido en su marcha, y sin cambiar sin duda las consecuencias inevitables de una revolución como la nuestra, habría modificado los acontecimientos con su poderosa oposición. Pregúntase aún si, llegando á dominar al partido del pueblo, hubiera podido hacerse dueño de la aristocracia y de la corte; y al hacerle esta última objeción uno de sus amigos, contestóle Mirabeau: «Todo me lo han prometido.—¿Y si no cumplen su palabra?, dijo el otro.—Entonces, replicó el orador, les encajaré la república.»

Habíanse decretado los principales artículos de la Constitución civil, tales como la nueva circunscripción de los obispados y la elección de todos los funcionarios eclesiásticos. El rey había consultado con el papa, quien después de contestarle en tono severo á la par que paternal, consultó á su vez al clero de Francia. Este último, aprovechando la ocasión, pretendió que lo espiritual estaba comprometido por las medidas de la Asamblea; y al mismo tiempo circuló pastorales, declarando que los obispos depuestos no se retirarían de sus puestos sino por la fuerza; que alquilarían casas para continuar el desempeño de sus funciones eclesiásticas, y que los fieles que se conservaran como tales no debían dirigirse sino á ellos. El clero intrigaba sobre todo en la Vendée y en ciertos departamentos del Mediodía donde se concertaba con los emigrados. En Jallez (2) se había formado un campamento federativo, donde bajo el aparente pretexto de las confederaciones tratábase de establecer un centro de oposición de la Asamblea. El partido popular se irritó con tales manejos; poseído de su fuerza, y cansado de su moderación, resolvió valerse de un modo decisivo. Ya hemos visto qué causas influyeron para que se adoptase la Constitución civil; eran autores de ésta los más sinceros cristianos de la Asamblea, é irritados de una injusta resistencia, resolvieron vencerla.

Ya se sabe que un decreto obligaba á todos los funcionarios públicos á jurar la nueva Constitución. Siempre que se trató de este juramento cívico, el clero quiso establecer la distinción entre la Constitución política y la eclesiástica, pero se hizo caso omiso de esta sutileza; sin embargo, la Asamblea acordó entonces exigir á los

Mirabeau ignoraba este doble manejo, y no pensó en ponerse en manos de Bouillé.

(2) Este campamento se había formado en los primeros días de septiembre.

clérigos un juramento riguroso que les pusiera en la ineludible alternativa de retirarse si no lo prestaban, ó de desempeñar fielmente sus funciones si juraban; bien es verdad que tuvo cuidado de declarar que no era su ánimo violentar las conciencias y que respetaría la negativa de los que, conceptuando la religión comprometida con las nuevas leyes, no se aviniesen al juramento, pero que necesitaba conocerlos para no confiarles nuevos obispos. En este punto sus pretensiones eran justas y francas. Añadía en su decreto que cuantos se negaran á jurar quedarían privados de sus funciones y emolumentos, y que, para dar el ejemplo, todos los eclesiásticos diputados debían prestar juramento en la misma Asamblea á los ocho días de la sanción del nuevo decreto.

La derecha se opuso; Maury se expresó con toda su violencia é hizo cuanto pudo para que le interrumpieran, y tener así un motivo de queja. Alejandro Lameth, que ocupaba la presidencia, le mantuvo en el uso de la palabra, privándole de la satisfacción de que la Asamblea le hiciera bajar de la tribuna. Mirabeau, más elocuente que nunca, defendió á la cámara.

«¡Decir que sois perseguidores de la religión, exclamó dirigiéndose á los diputados, cuando la habéis tributado un homenaje tan noble como afectuoso en el más hermoso de vuestros decretos; cuando dedicáis á su culto una parte de los gastos públicos, que vuestra prudencia y vuestra justicia os inclinaban á economizar; cuando habéis hecho intervenir la religión en la división del reino, y habéis plantado el árbol sacrosanto de la cruz en todos los límites de los departamentos: calificaros, por último, así á vosotros, que sabéis que Dios es tan necesario á los hombres como la libertad!..»

La Asamblea decretó el juramento (1). El rey consultó en seguida á Roma. El arzobispo de Aix, que al principio había combatido la Constitución civil, conociendo entonces la necesidad de una pacificación, se unió al rey y á algunos de sus colegas para solicitar el consentimiento del papa. Los emigrados de Turín y los obispos de oposición escribieron á Roma en sentido

(1) Decreto del 27 de noviembre.

enteramente contrario, haciendo que el pontífice difiriera su respuesta con varios pretextos. La Asamblea, irritada con estas demoras, insistió por obtener la sanción del rey, quien, decidido á ceder, apelaba sin embargo á los ardides comunes de la flaqueza; quería dejarse violentar para dar á entender que no obraba libremente; esperó á que hubiese un motín, y entonces sancionó el decreto.

Una vez conseguido esto, la Asamblea quiso ponerlo en ejecución, y obligó á los diputados eclesiásticos á prestar el juramento en su seno; cierta parte del pueblo, que hasta entonces se había mostrado muy indiferente en materias religiosas, se puso en movimiento para excitar á los clérigos á la resistencia. Varios obispos y curas párrocos juraron, pero en su mayoría resistieron con una fingida moderación y un cariño aparente á sus principios. La Asamblea no dejó por su parte de persistir en el nombramiento de nuevos obispos y curas, siendo perfectamente secundada por sus administrados. Los antiguos funcionarios eclesiásticos quedaron en libertad de celebrar su culto aparte, y los reconocidos por el Estado tomaron posesión de las iglesias. Los disidentes alquilaron en París la iglesia de los Teatinos para dedicarse á sus ejercicios: la Asamblea los permitió y la guardia nacional los protegió contra las iras populares, que no siempre les dejaron tranquilos.

Se ha censurado á la Asamblea por haber ocasionado este cisma, añadiendo otra causa de división á las muchas que ya existían; mas, en cuanto á sus derechos, cualquiera que lo examine sin pasión convendrá en que la Asamblea no los propasaba ocupándose del poder temporal de la Iglesia. Por lo que respecta á las consideraciones de prudencia, puede decirse que no aumentaba las dificultades que la rodeaban, pues, con efecto, la corte, la nobleza y el clero habían perdido bastante, y el pueblo adquirido demasiado, para que dejaran de ser enemigos irreconciliables, y para que la revolución siguiera adelante sin la intervención del nuevo cisma. Además, cuando se estaban extirpando todos los abusos, ¿podía tolerar la cámara los de la antigua organización eclesiástica? ¿Podía soportar que los ociosos viviesen en la abundancia, mientras los pastores, únicos verdaderamente útiles, apenas tenían lo necesario?

CAPÍTULO VI

Progresos de la emigración. — El pueblo sublevado ataca el torreón de Vincennes. — Conspiración de los *Caballeros del puñal*. — Discusión de la ley contra los emigrados. — Muerte de Mirabeau. — Intrigas contrarrevolucionarias. — Fuga del rey con su familia: le detienen en Varennes y le conducen á París. — Disposiciones de las potencias extranjeras; preparativos de los emigrados. — Declaración de Pílnitz. — Proclamación de la ley marcial en el campo de Marte. — El rey acepta la Constitución. — Clausura de la Asamblea Constituyente.

La última y prolongada lucha entre el partido nacional y la clase privilegiada del clero, cuyas principales circunstancias acabamos de referir, acabó de ahondar la división que en todo había. Mientras el clero agitaba las provincias del Oeste y del Mediodía, los refugiados de Turín hacían diferentes tentativas, que resultaban estériles á causa de su debilidad y desconcierto. Tramóse una conspiración en Lyon, anunciando la llegada de los príncipes y una profusa distribución de gracias, y prometiendo á aquella ciudad que se la haría capital del reino en lugar de París, inmerecedora ya de tal honor. El rey no ignoraba estos manejos; mas previendo que tendrían mal resultado, ó tal vez deseando que así sucediese, porque desesperaba de poder sujetar á la aristocracia victoriosa, hizo cuanto pudo por frustrarlos. Se descubrió dicha conspiración á fines de 1790, y sus principales agentes fueron entregados á los tribunales.

Este último fracaso decidió á la emigración á trasladarse de Turín á Coblenza, donde se instaló en el territorio del elector de Tréveris, y en detrimento de su autoridad que avasalló por completo. Ya se ha visto que los individuos de la nobleza fugitiva de Francia se habían dividido en dos bandos: uno, compuesto de antiguos palaciegos colmados de favores y formando lo que se llamaba la corte, aun cuando buscaba su apoyo en la nobleza de provincia, no quería dividir con ella su influencia, y á este fin opinaba que debía recurrirse al extranjero; al paso que el otro bando, confiado en su espada, trataba de sublevar las provincias del Mediodía, despertando su fanatismo. Prevalcieron los primeros, y los emigrados en general se trasladaron á Coblenza, en la frontera del Norte, para aguardar allí los auxilios de las potencias. En vano insistieron los que deseaban combatir en el Mediodía en que se solicitara la ayuda del Piamonte, Suiza y España, aliados fieles y desinteresados, y en que se dejara cerca de dichas potencias un jefe de talla; la aristocracia, inspirada por Calonne, no quiso acceder. Aquella aristocracia no había cambiado al salir de Francia; frívola, altanera, inepa y tan pródiga en Coblenza como en Versalles, hizo mayor ostentación de sus vicios en medio de las penalidades del destierro y de la guerra civil. «Vuestras patentes han de oler á persona acomodada,» decía á esos hombres intrépidos que ofrecían batirse en el Mediodía, y que preguntaban bajo qué dictado habían de servir. Solamente quedaron en Turín varios agentes subal-

ternos que, envidiosos unos de otros, se perjudicaban recíprocamente, malogrando toda tentativa de éxito. El príncipe de Condé, que al parecer había conservado toda la energía de sus antecesores, no era bienquisto de una parte de la nobleza, por lo cual se estableció cerca del Rhin acompañado de todos los que, como él, no querían intrigar, sino batirse.

La emigración aumentaba de día en día, viéndose llenos los caminos de una nobleza que parecía cumplir un deber sagrado corriendo á empuñar las armas contra su patria. Hasta las mujeres se creían en el caso de manifestar su odio á la revolución, abandonando el suelo de Francia. En una nación donde todo se hace porque se ve hacer, se emigraba por estar en boga: y casi nadie se despedía, figurándose que el viaje sería corto y el regreso inmediato. Los revolucionarios de Holanda, vendidos por su general y abandonados por sus aliados, habían cedido en pocos días; los de Brabante siguieron su ejemplo al poco tiempo; y de aquí sacaban aquellos imprudentes emigrados la consecuencia de que la revolución francesa quedaría vencida en una rápida campaña, y el poder absoluto retoñaría en la Francia esclavizada.

La Asamblea, irritada más bien que asustada de tanta presunción, había propuesto varias medidas, cuya aplicación se aplazó siempre. Las tías del rey, creyendo caso de conciencia el salir de París, quisieron ir á tranquilizarla á Roma; pero la municipalidad de Arnay-le-Duc las detuvo en el camino (1). Acudió el pueblo enseguida en busca de Monsieur, á quien se suponía dispuesto á marchar; pero el infante se presentó, prometiendo que no se separaría del rey; aquietóse el pueblo, y la Asamblea puso á discusión la salida de las tías del monarca. Prolongábase demasiado la discusión, cuando Menou supo terminarla con el siguiente chiste: «No quedará poco asombrada la Europa, dijo, cuando sepa que una gran Asamblea ha desperdiciado muchos días para decidir si dos viejas han de oír misa en París ó en Roma.»

La comisión de Constitución quedó, sin embargo, encargada de presentar una ley sobre la residencia de los funcionarios públicos y sobre la emigración; por este decreto, adoptado después de un debate reñidísimo, se obligaba á los funcionarios públicos á residir en el

(1) Habían emprendido la marcha el 19 de febrero de 1791.